

Gobierno y sociedad cuatro años después del referendo revocatorio

Margarita López Maya

Hace ya dos años y medio que fui invitada por el director de este diario a escribir una columna de media página. Un año después se me invitó a ampliar ese espacio para llevarlo a la página completa. Ambas veces asumí el desafío evaluándolo como un gran honor y a la vez una inmensa responsabilidad. El que una historiadora como yo, dedicada casi siempre a investigar para identificar procesos humanos de mediana y larga duración, siguiera cada quince días los eventos coyunturales de un país que vive un proceso de transición lleno de vicisitudes y de resultado hasta hoy bastante incierto no es común. Y que lo haga con su propio país sabiendo los riesgos que esa historia inmediata o reciente tiene en términos de la posibilidad de ser lo más objetivo posible, tampoco. No es fácil historiar el presente, buscar lo imperecedero dentro de tanto hecho fugaz y asumir el riesgo de compartir con los lectores las reflexiones que nos vienen a la mente, que muchas veces debemos más adelante repensar y rectificar. Pero así lo he hecho, en momentos además que han sido importantes para nuestro país. Pensar y debatir cómo profundizar la democracia venezolana ha sido uno de los objetivos principales de la columna, por ello desde temprano escribí sobre temas polémicos de la propuesta chavista del socialismo del siglo XXI, que afortunadamente fueron rechazados por el soberano el año pasado.

Ahora me jubilaré y saldré por un año académico de Venezuela, gracias a una beca que me fuera otorgada –concurso mediante- por una institución académica estadounidense. Gracias a ella, podré dedicarme a la investigación sociopolítica sobre mi país de manera más pausada y a la distancia. Podré dedicarle largas jornadas rutinarias de estudio, lo que suele ser requisito para capturar tendencias de mediano a largo plazo de proceso tan importantes como el de la democracia participativa que las nuevas elites bolivarianas han buscado estabilizar en Venezuela. Y encontraré un ambiente académico más dinámico y plural que el que se obtiene en la academia venezolana, que se ha debilitado por la acción esterilizante de la polarización y su intolerancia a los

matices. Debo aclarar, sin embargo, que sigue habiendo en nuestras universidades y en el país muchas mujeres y hombres dedicadas a generar conocimiento crítico de nuestra realidad, sorteando esa polarización y todas las dificultades que acarrea, a los cuales les debo mucho de lo que he escrito a lo largo de estos años.

Dedico este espacio que “por ahora” será el último a una reflexión en torno al devenir de aquellos desafíos que presenté en agosto de 2004 ante la Asamblea Nacional cuando fui invitada por su Presidente para pronunciar el discurso de orden con motivo de la ratificación del Presidente Chávez, dada por el soberano en el referendo revocatorio presidencial del 15 de agosto de 2004. Si tuvieron alguna pertinencia ¿Cuánto hemos avanzado desde entonces con relación a ellos?

Primer desafío. Hablé entonces de la necesidad de que el país reconociera a la democracia como el gobierno de las mayorías con respeto a las minorías. Creo que los procesos habidos en el campo de la oposición política al chavismo desde las elecciones presidenciales de 2006 indican un progreso en su reconocimiento de que el Presidente Chávez es electo por la mayoría de los venezolanos. Donde veo poco avance es en esto del “respeto a la minoría”. En estos años las tendencias gubernamentales han sido forzar la democracia venezolana hacia una “dictadura” de la mayoría. Sin embargo, este año, y gracias a la derrota política de la propuesta de reforma constitucional se han dado algunas señales todavía débiles y contradictorias de respeto hacia las minorías.

Segundo desafío. ¿Han dialogado las mayorías con las minorías? Esta es materia aplazada sin duda por parte del chavismo. Lo que hemos visto predominar en el bolivarianismo, en el chavismo, y en el mismo Presidente ha sido el discurso revanchista e intolerante.

Tercer desafío: Superar el inmediatismo, que combinado con la ignorancia y el oportunismo había propiciado la agudización del conflicto social y la violencia. Desafortunadamente, este desafío sigue intacto, pero a diferencia del pasado,

cuando estos atributos impulsaron las conductas irresponsables de la oposición política, hoy se hacen más evidentes en el gobierno, en una institucionalidad precaria cuando no inexistente. Después de cuatro años el gobierno no ha sabido, querido o podido crear las bases que permitan que prácticas de la democracia participativa que promueven la inclusión y la justicia social, estén garantizadas en el mediano plazo, independiente de los vaivenes de la renta petrolera.

Cuarto desafío.